

Una Flor -Redención-

Verónica Cura

UNA FLOR
— REDENCIÓN —



VERÓNICA CURA

Capítulo 1

Una vez nació una flor en suelo infernal.

Inédito suceso, allí donde nada nace, donde no hay albor, donde reina la agonía eterna.

Allí entre demonios y condenados, entre sollozos, gritos y risas maquiavélicas, el pimpollo abrió sus pétalos.

Nadie sabe quién sembró aquella semilla.

Al descubrirla los demonios decidieron que los condenados no debían verla, puesto que el simple hecho de contemplar la belleza de su vida, les daría esperanzas o quizás menguaría el dolor de su tormentosa condena.

Uno de los demonios la arrancó con furia del suelo, ninguno sabía a ciencia cierta cómo había llegado la flor allí, pero luego de tantas batallas ganadas, los demonios sintieron perder.

¿Quién osó sembrar la flor? ¿Quién los estaba desafiando con semejante ofensa?

La flor se sentía morir entre las brutas manos del asqueroso demonio, pero este al ver que la pobre comenzaba a marchitarse, envió a otro a la tierra en busca de agua.

Así como nadie nace en el infierno, tampoco nadie tiene derecho a morir, allí nadie descansa jamás.

Volvió el demonio con el agua y la pusieron en una vasija, allí colocaron a la flor justo antes de que esta muriera.

La flor logró recuperarse pero con los días el agua de la vasija iba disminuyendo y tenía que esforzarse más y más para seguir viva. Esa era su condena y con ello los demonios se complacían grandemente.

¿Por qué condenar a una flor? ¿Qué culpa podía cargar?

Los demonios sabían que la flor no tenía pecado alguno pero esto a ellos no les importaba, si cada uno de los condenados hubiera llegado allí sin haberle causado daño a nadie, de todos modos le hubieran infligido condena, puesto que ese era su único propósito. En el infierno solo hay lugar para dolor, castigo y tormento eternos.

Cada vez que la flor iba a morir, llenaban nuevamente la vasija con agua. De esta forma su agonía comenzaba una y otra vez. La flor era ya una

más de los condenados.

Ahora los demonios dejaron ver a los condenados, el cruel sufrimiento que estaban causándole a la flor. Conocedores de que el dolor que les causaría ver sufrir así a un ser ungido con la inocencia absoluta sería devastador para esas miserables almas.

Y así fue. Ahora los condenados además de sufrir por la plena consciencia de las culpas de sus actos en vida y por el dolor físico inferido por los demonios se encontraron con un nuevo padecer; la terrible visión de la bella e inocente flor agonizando dolorosamente en la sucia vasija, una injusticia que les causaba profunda angustia.

A los condenados nadie los lloraba en la tierra. No habían dejado amor, ni el más mínimo indicio de él, puesto que con sus actos en el planeta solo habían conseguido ser odiados.

Por eso, allí, olvidados en el fatídico infierno, habían tomado completa consciencia de lo merecedores que eran de su castigo. Los condenados se habían vuelto tan sabios como ninguno de los demonios se lo imaginaba.

Los demonios veían a los condenados como míseros seres a los que odiaban intensamente. Unos idiotas hijos del bien que habían caído en su trampa, personas débiles e inservibles que al no ver más allá de sus narices cayeron en sus garras como presa fácil. Jamás hubieran sospechado que el castigo que ellos les infligían los estaba ayudando a elevarse.

A diferencia de Dios, los demonios no podían ver los pensamientos de los humanos. Sólo veían los actos concretos. Así que no sabían que al fin la consciencia había tomado lugar en las mentes de los condenados.

Los condenados no seguían en el infierno por ser débiles, ni por estar sojuzgados por los demonios, sino porque se sabían merecedores del castigo. Ellos no se oponían a él sino que lo aceptaban. Eran más sabios que cualquiera de los demonios ya que estos jamás pasaron por la experiencia de vivir en una existencia mortal, ni eran poseedores de consciencia. La maldad era la única esencia de los demonios.

Ahora en ese terrible escenario en el que se encontraban, había una flor. Injustamente un ser inocente estaba sufriendo.

Desde los comienzos de la humanidad los demonios vieron que engañar a los humanos era tarea fácil, más aún si los captaban de jóvenes. Cuanto más jóvenes mejor, así no tendrían la posibilidad de aprender y adquirir los buenos conocimientos que puede proporcionarles a un alma la

existencia mortal consciente.

Así fueron gobernando más y más la vida de muchos humanos, al principio decenas que se convirtieron más tarde en centenares, luego en miles y ahora en millones.

Llegó el tiempo en él que en la tierra reinó la confusión, la semilla maldita sembrada por los demonios comenzó a dar sus frutos. Ahora los humanos aceptaron a los actos demoníacos como la gran verdad a seguir. Despreciaban todo aquello que no podían ver o tocar puesto que sus terribles actos fueron adormeciéndoles su poderosa sensibilidad.

Fue así como el infierno se llenó de condenados, había más almas pérdidas que demonios, quienes se sentían poderosos y seguros de causar en los condenados un terror extremo que les impedía hacer algo para librarse de sus castigos.

Pero ahora los hechos habían cambiado. Los condenados sometidos por propia decisión a la condena infligida por los demonios, habiendo aprendido de manera tan dura y clara el significado de la vida, no podían permitirse el egoísmo y la ruindad, no podían mantenerse indiferentes ante el sufrimiento de la frágil flor.

La elevación de los condenados era tal que habían desarrollado la capacidad de comunicarse telepáticamente. Se comunicaban sin que los demonios lo advirtiesen. De esta manera mantuvieron una conversación sobre cómo salvar a la flor de su tormento y decidieron que uno de ellos se ocultaría junto con la flor, en el barril con el que los demonios subían a la tierra para acarrear agua para la inocente. Y una vez en la tierra la plantaría en un lugar en el que pudiera vivir libre de la condena.

Esto no sería difícil puesto que los demonios eran seres intelectualmente inferiores a los condenados.

El plan fue consumado sin inconvenientes; el condenado entró al barril con la moribunda flor en el momento en el que un demonio partía a la tierra en busca de agua. Sin mayor problema salió del barril con ella y la plantó en la tierra. En ese preciso momento la flor irradió un resplandor bellissimo y el condenado vio como el demonio se desintegraba por completo ante sus ojos.

Así como había sucedido en la tierra, también sucedió en el infierno. Todos los demonios se desintegraron ante la mirada atónita de los condenados.

Todos los condenados, inclusive el que se encontraba en la tierra fueron

elevados y llevados al Empíreo allí los esperaba la flor.

Una vez nació una flor en suelo infernal, así como hubo un tiempo en que la semilla del mal fue plantada en la tierra. Era ya el momento en el que la semilla del bien sea plantada en el mismo infierno.